

Cumpliendo las profecías del Antiguo Testamento

Bill Knott

Los últimos cincuenta años en la historia del cristianismo occidental han sido una época de tumultuosos cambios y realineamientos. Después de casi dos milenios en los que la iglesia cristiana ancló sus afirmaciones sobre la vida, el ministerio, la muerte, la resurrección y el ministerio continuo de Jesús en la autoridad del texto recibido del Antiguo y Nuevo Testamento, han surgido nuevos métodos para comprender a Jesús, algunos de ellos con un poderoso impacto social.

En un extremo del espectro teológico se encuentra el método histórico-crítico de estudio de la Biblia, surgido del Siglo de las Luces, pero perfeccionado a mediados del siglo XIX por eruditos europeos y estadounidenses. El método histórico-crítico deconstruyó el texto bíblico recibido en una amalgama de documentos diferentes y a veces incluso incompatibles; cada uno escrito por una mano diferente y muy humana. Esta "alta crítica", como llegó a ser conocida, comenzó con una duda esencial sobre la autenticidad del texto recibido tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Dio prioridad a la capacidad humana de evaluar, criticar y descartar aquellas partes de la Biblia que consideraba de origen dudoso o, para quienes la empleaban, parecían inconsistentes con su visión de la intención original de los autores. Un ejemplo bien conocido de esta tendencia "desmitificadora" es el trabajo del Seminario de Jesús, que atrajo la atención internacional de la reunión anual de sus miembros. Votarían por cuentas de colores sobre la presunta autenticidad de los dichos de Jesús registrados en los Evangelios. En una decisión famosa, el Seminario de Jesús concluyó que solo la frase "Padre Nuestro" en lo que los cristianos han conocido como el Padre Nuestro podría identificarse de manera confiable con un dicho real de Jesús.

El movimiento de Jesús

Otra tendencia que surgió hace medio siglo fue casi una reacción igual y opuesta a lo que consideraba una preocupación de los eruditos cristianos por el texto de las Escrituras. El movimiento de Jesús, que surgió de los

movimientos de avivamiento iniciados en el tumulto social de la década de 1960, llevó a cientos de miles de ex rebeldes sociales y librepensadores a la órbita de la fe cristiana a principios de la década de 1970. Las iglesias, las instituciones educativas e incluso los seminarios pronto se llenaron de cientos de cristianos jóvenes adultos apasionados y comprometidos que ponían gran énfasis en la historia de su experiencia personal con Jesús. Para estos buscadores, su relación dinámica con Jesús resucitado reemplazó el registro bíblico de Su vida, ministerio, muerte y resurrección. El Jesús al que se unieron dio coherencia a sus vidas de la década de 1970, que habían parecido incoherentes en la década de 1960. Para ellos, Jesús era principalmente una figura a la que había que adorar, alabar y seguir.

Las corrientes que emergían del movimiento de Jesús fluyeron hacia las comunidades de fe del cristianismo con poder revitalizador; cientos de personas se prepararon para el ministerio pastoral, plantaron nuevas congregaciones y trajeron un nuevo enfoque al llamado de Cristo al discipulado. Muchas de estas personas prestaron una atención profunda y enfocada a la revelación bíblica de Jesús. Otros continuaron enfatizando principalmente los aspectos relacionales de Jesús, incluyendo la devoción personal, la práctica de vidas sencillas y subrayando el papel del Espíritu en la creación de comunidades nuevas y frescas que eran relevantes para los lugares en los que fueron plantadas.

A lo largo de esta temporada, el pentecostalismo avanzó constantemente. Su enfoque principal era la experiencia subjetiva de Jesús como Salvador e incluía un estilo de adoración altamente emocional; el testimonio de milagros; y el fenómeno de la glosolalia, o hablar en lenguas.

Devaluando la Biblia

No debería sorprender a nadie que elementos de cada uno de estos fenómenos también surgieran en el movimiento mundial de los Adventistas del Séptimo Día. Algunos eruditos adventistas, entrenados en métodos histórico-críticos de estudio de la Biblia, han cuestionado la historicidad e incluso la autenticidad de los documentos bíblicos sobre los cuales la Iglesia Adventista del Séptimo Día hizo sus primeras declaraciones de fe a mediados del siglo diecinueve. El impacto en miles de estudiantes universitarios adventistas ha alejado a muchos de la fe en la Biblia, e incluso en el Dios que se declara revelado en sus páginas.

Por el contrario, un creciente enfoque neopentecostal en conocer a Jesús experiencialmente ha causado que decenas de miles de personas devalúen la revelación bíblica que nos asegura su realidad histórica, su carácter divino, la veracidad de sus enseñanzas, los testimonios de sus milagros y las pruebas de su resurrección. Desanimados por lo que ven como un enfoque demasiado grande en la lectura de la Biblia para obtener información en lugar de conocer a Jesús como un Salvador personal, han surgido movimientos dentro del adventismo en los últimos veinte años que prometen enfocarse solo en Jesús.

Por lo tanto, una lectura completa del Evangelio de Juan es excepcionalmente útil para conectar a Jesús con el testimonio perdurable del Antiguo Testamento con respecto a su vida y ministerio venideros y ofrecer un testimonio incomparable de la poderosa experiencia de conocer a Jesús personalmente. Las narraciones bien conocidas de los encuentros de Jesús con Nicodemo ([Capítulo 3](#)), la mujer samaritana junto al pozo ([Capítulo 4](#)), el hombre discapacitado junto al estanque de Betesda ([capítulo 5](#)), el ciego de nacimiento ([Capítulo 9](#)), y con María y Marta, que están de luto por Lázaro ([Capítulo 11](#)) anclan el testimonio de Juan en una experiencia cara a cara, uno a uno, de conocer a Jesús como el divino Hijo de Dios, como Aquel que puede perdonar grandes pecados, como un sanador enviado por Dios, y como el Señor que es el único que puede resucitar a los muertos.

La fiabilidad del Antiguo Testamento

El Evangelio de Juan, casi con certeza escrito después de los Evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas, es su testimonio único y personal de su experiencia de caminar y hablar con Jesús: "Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero" (Juan 21:24). Juan advierte sin remordimientos a sus lectores que su Evangelio es una selección entre muchas otras narraciones verdaderas que podrían haber sido registradas: "Y también hay muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales, si se hubieran escrito una por una, supongo que ni siquiera el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían" (versículo 25). Por lo tanto, Juan asume que sus lectores ya estarán bien familiarizados con las narraciones de Mateo, Marcos y Lucas y confiarán en ellas como auténticas.

Pero es el esfuerzo persistente e incansable de Juan para mostrarnos a Jesús como el cumplimiento, incluso la encarnación, de docenas de profecías y declaraciones del Antiguo Testamento lo que debería silenciar para siempre a aquellos que intentan una separación no bíblica del testimonio de ambos testamentos. Juan bien podría estar de acuerdo con el concepto que ha encontrado expresión en la frase "solo Jesús", siempre y cuando incluyamos en el "solo" la totalidad del testimonio del Antiguo Testamento sobre la persona y el ministerio de Jesús y las sólidas imágenes que Juan tenía de Él. El "único" testimonio de Juan sobre Jesús es dramáticamente inclusivo, no excluyente: Juan no descansará hasta que los lectores hayan notado cuán rico es el testimonio del Antiguo Testamento de la historia de Jesús.

Juan ancla firmemente el testimonio de Jesús en confiar en la veracidad y fiabilidad del Antiguo Testamento. En una famosa reprimenda a los escribas y fariseos que constantemente intentan sacarlo del texto, Jesús afirma: "Escudriñas las Escrituras, porque en ellas piensas que tienes vida eterna; y éstos son los que dan testimonio de mí. Pero vosotros no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:39, 40). Por lo tanto, Jesús implica fuertemente que es su falta de voluntad para ver lo que es obvio en el texto lo que les impide reconocer su papel como Mesías. Según Jesús, su negativa a aceptar su origen divino les obliga a devaluar los escritos de Moisés, a los que reclaman como la autoridad suprema de su fe: "No penséis que os voy a acusar delante del Padre; tu acusador es Moisés, en quien has puesto tu esperanza. Si Uds. le creyeran a Moisés, me creerían a mí, porque él escribió acerca de mí. Pero si no creéis lo que él escribió, ¿cómo creeréis lo que os digo?" (versículos 45-47). El rechazo a ver lo que las Escrituras han dejado claro apunta a un prejuicio e hipocresía profundamente arraigados, no a una falta de información convincente.

En este pasaje decisivo, Jesús se hace eco de la lección que intentará enseñar a los dos discípulos en el camino de Emaús el día de su resurrección. Lucas, cuya narración de Jesús era indudablemente conocida por Juan, registra que Jesús respondió a su incapacidad para conectar los puntos del testimonio bíblico escribiendo: "Entonces les dijo: '¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer en todo lo que los profetas han hablado! ¿No debería el Cristo haber padecido estas cosas y entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les expuso en todas las Escrituras las cosas concernientes a él'" (Lucas 24:25-27). La

renuencia a ver a Jesús completamente representado en el texto del Antiguo Testamento es, por lo tanto, según Jesús, el resultado de un rechazo deliberado, una tontería o una falta de estudio diligente.

Ningún libro podría iluminar completamente las muchas, muchas citas y alusiones al Antiguo Testamento en las que Juan ancla su testimonio de Jesús. Como se señaló anteriormente, el mismo Juan recurre a un lenguaje exagerado para subrayar la imposibilidad de la tarea: "Supongo que ni siquiera en el mundo mismo podrían contenerse los libros que se escribirían" (Juan 21:25).

Sin embargo, incluso un breve resumen de más de 100 de estas citas y alusiones nos recuerda que Juan espera que sus lectores estén completamente familiarizados con el testimonio del Antiguo Testamento. Al igual que con su otra gran obra, el libro bíblico de Apocalipsis, es imposible leer y entender su obra a menos que estés dispuesto a ver las profundas conexiones entre el Antiguo Testamento y el ministerio de Jesús, en la Tierra y en el cielo. Algunos autores se refieren a este método como: *Intertextualidad* —la construcción o disposición deliberada de un texto para citar, hacer eco, aludir o hacer un paralelo con otra obra existente. En prácticamente todo lo que escribe sobre Jesús en su Evangelio, Juan asume que sus lectores "escucharán" el eco de lo que fue el único testamento conocido en su época.

Un promedio de cinco alusiones o citas del Antiguo Testamento ocurren en cada una de las veintiún divisiones de capítulos del Evangelio de Juan. Estos incluyen la construcción paralela consciente de las primeras líneas de Juan con las de las primeras líneas del libro de Génesis. Juan está colocando deliberadamente su relato de Jesús en el contexto de las cosas más trascendentales que jamás hayan ocurrido en la historia del mundo. "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1) se puede escuchar resonando en el anuncio igualmente trascendental de Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada de lo que ha sido hecho, ha sido hecho" (Juan 1:1-3).

De Juan, en su primera epístola, escuchamos el testimonio de que el Jesús con quien caminó y habló era el Señor cósmico de todo: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado, y nuestras manos han tocado, acerca de la

Palabra de vida, la vida fue manifestada, y nosotros hemos visto, y damos testimonio, y os lo declaramos" (1 Juan 1:1, 2). Del mismo modo, Juan afirma la verdad central de que Dios, cuya gloria no permitió que se le mirara (Éxodo 33:20): "Dijo: 'No podéis ver mi rostro; porque nadie me verá, y vivirá'— sólo es cognoscible en la persona de Jesús: "A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha declarado" (Juan 1:18).

No se trata de alusiones casuales o incidentales; estas son afirmaciones teológicas de primer orden y son esenciales, nos dice Juan, para comprender correctamente la totalidad de Dios y su revelación en Jesús.

Juan también vincula el ministerio de Juan el Bautista con la obra del Mesías prometido del Antiguo Testamento. Cuando se le preguntó acerca de su identidad, el Bautista respondió:

"Yo soy

La voz de uno que clama en el desierto:

"Enderezad el camino de la LORD", como

dijo el profeta Isaías" (versículo 23).

La cita de Isaías 40, aunque no es exacta, tiene la intención de Juan de vincular inequívocamente la totalidad del ministerio del Mesías, que está prefigurado en el libro de Isaías.

Juan el Bautista también hizo explícita la identificación de Jesús como el Portador del Pecado prefigurado en Isaías 53. Isaías escribió:

Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado;
Nos hemos vuelto, cada uno, a su propio camino;
Y la LORD ha cargado sobre Él la iniquidad de todos nosotros.
Fue oprimido y afligido,
Sin embargo, no abrió su boca;
Fue llevado como un cordero al matadero (Isaías 53:6, 7).

El escritor de los Evangelios Juan cita a Juan el Bautista diciendo: "¡He aquí! ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29). "Y mirando a Jesús que caminaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios. (versículo 36).

Atraeré a todos los hombres hacia Mí

Para Nicodemo, tal vez la persona más alfabetizada bíblicamente con la que Jesús conversó, Jesús se asocia con la serpiente levantada en un asta para la curación de los israelitas moribundos. Moisés mismo registra que "hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta; y así fue, si una serpiente había mordido a alguien, cuando miraba a la serpiente de bronce, vivía" (Números 21:9). Prefigurando claramente la manera en que moriría en una cruz para salvar a los mordidos por el pecado, Jesús le dice a este erudito de la Torá: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado" (Juan 3:14). "Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos los pueblos hacia mí" (Juan 12:32).

Con el apóstol Pablo, cuyo testimonio de Jesús también estaba anclado en el Antiguo Testamento, Juan afirmaría: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito sobre toda la creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles, ya sean tronos, o dominios, o principados, o potestades. Todas las cosas fueron creadas por medio de Él y para Él. Y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten" (Colosenses 1:15-17).